

rencia: se retrataron, se unieron mas estrechamente que nunca con los cismáticos; y estos mas audaces, porque se sentian mas fuertes, llenaron de confusion la ciudad imperial, y poco á poco los partidarios de la union se fueron reduciendo á tan corto número, que los oprimió la multitud de sus contrarios.

Como los socorros prometidos al emperador eran el premio de la union concluida en Florencia, los mismos motivos de política y necesidad, que le habian inclinado á solicitarla, le empeñaban en mantenerla. Pero los cismáticos poco movidos de las desgracias de la patria, ni de las urgencias del estado, amenazaron excomulgarle si no renunciaba á la sociedad de los latinos. Ni el respeto de la magestad imperial; ni los males públicos; ni el interes de la nacion, que era el de todos sus miembros, nada era capaz de calmar su furor. Véase á los turcos al rededor de la capital derribar sus murallas con el cañon, y próximos á apoderarse de ella, sin concebir designios de paz. El fanatismo endurece los corazones, hace feroces á los hombres y cuenta por nada la destruccion de los imperios, con tal que despedace sus víctimas. De esto se experimentó un terrible exemplo durante el sitio de Constantinopla; pues los cismáticos decian en alta voz que el turbante era un objeto ménos odioso que un capelo de cardenal, y que se debía temer ménos la dominacion del sultan que las órdenes de un ministro de Roma.

Un pueblo tan feroz no podia evitar su ruina, y así Mahometo II. se aprovechó de su ceguedad para oprimirle con las cadenas que le preparaba ya habia mucho tiempo. Este príncipe, sin embargo de ser tan enemigo de los christianos, conoció la necesidad de contemplar á sus nuevos vasallos en materia de religion; y habiendo sabido que el patriarca Gregorio Meliseno se habia refugiado á Roma, y que los christianos de Constantinopla habian interrumpido por temor el exercicio de su culto, mandó al clero que se juntase en la forma ordinaria y eligiese un patriarca. Se eligió á Jorge Scolario, que tomó el nombre de Gennadio; y el sultan cumplió respecto de él con todo el ceremonial que los emperadores griegos acostumbraban observar en la exáltacion de los nuevos patriarcas. Recibió Gennadio de su mano el

báculo pastoral en presencia de toda su corte: despues le hicieron montar en un caballo ricamente enjaezado; y todos los grandes le fueron acompañando á pie hasta la Iglesia de los apóstoles, en la que fué entronizado con las solemnidades acostumbradas. Gennadio habia asistido al concilio de Florencia, y estaba perfectamente instruido en todo lo que allí habia pasado, y asimismo adicto sólidamente á la union. Por espacio de cinco años trabajó con un zelo infatigable en combatir el cisma; pero la obstinacion de los griegos habia llegado tan adelante, que á pesar de su dulzura y su prudencia no pudo reducirlos á la unidad. Al ver inútiles sus esfuerzos, se disgustó de un ministerio en que no hallaban mas que penas sin ningun fruto, y renunció el gobierno de un pueblo indócil que solo escuchaba sus preocupaciones y su furor.

Despues del retiro de Gennadio se hizo venal el patriarcado; y el que ofrecia mas dinero, alcanzaba la aprobacion del príncipe y de los ministros. La forma exterior de la eleccion se observaba todavía, pero no era mas que una pura ceremonia. El sultan y sus visires echaban á su arbitrio al patriarca que habian colocado, para elevar á otro que les ofrecia mas, y luego éste era suplantado de la misma manera. Todas las prelacías estaban sujetas á las mismas revoluciones, y aun hoy se halla reducida la iglesia griega á este estado deplorable en toda la extension del dominio otomano.

ARTICULO VI.

Estado del christianismo en las varias naciones de Europa.

En medio de los desórdenes que reynaron en Francia desde la desgraciada batalla de Azincourt hasta los últimos años de Carlos VII., era imposible que la religion sola contuviese todos los crímenes; porque sofocaban su voz las pasiones mas fuertes y mas imperiosas. Tampoco se escuchaba la voz de las leyes y de la humanidad; pues en la confusion en que todas las cosas estaban se habian perdido de vista todos los principios de la moral y del honor, de tal suerte que algunos osaron hacer en público la apología del homicidio, y justificar el asesinato mas atroz con

ejemplos sacados de la escritura. Sin embargo se debe convenir en que sin el freno de la religion, sin los principios de equidad que graba en los corazones, y sin los remordimientos que excita en lo interior de las conciencias, se hubieran visto todavía mas acciones bárbaras en los tiempos funestos de que hablamos. Porque ¿quién condenó la doctrina homicida de Juan Petit, sino un obispo de París y los eclesiásticos que se habian asociado para examinarla? El rey y el parlamento no pronunciaron sino conforme á la declaracion de aquellos; y así las leyes sagradas de la sociedad aun hallaban defensores en el clero.

Aunque los ingleses, opresores de la Francia, eran católicos como la nacion que desolaban, los movian poco los vínculos de la fe por la qual eran hermanos de aquellos cuya desgracias causaban. Los odios nacionales, el deseo de dominar y las demas pasiones que se encienden con la guerra ahogan qualquier otro afecto; pero en medio de este horrible incendio se vió mas de una vez á los ministros del altar interponer su mediacion, y restituir finalmente la dulzura y la humanidad á aquellos corazones, que el hábito de derramar la sangre hacia mas feroces. Los papas y los obispos proponian treguas, y hacian que se aceptasen; y mientras que duraban se suspendian las crueldades, siendo muchas veces señalados estos intervalos (aunque siempre demasiado cortos) con actos de beneficencia y de piedad.

Los prelados gozaban en Francia de grande estimacion, y muchos la merecian tanto por sus virtudes como por su dignidad. Los príncipes los empleaban freqüentemente en los negocios mas importantes del estado con el buen éxito que correspondia á su zelo y capacidad. No obstante observaremos que esto fué quizá un mal; porque apartando á los eclesiásticos de sus funciones para ocuparlos en intereses temporales y en negociaciones puramente políticas, se les puso en la necesidad casi inevitable de contraer el espíritu de manejo y olvidar su deber: introduciase en su corazon el deseo de llegar á los honores y el amor de una gloria enteramente humana: con los empleos se mudaban sus inclinaciones, y muy en breve no eran ya mas que unos hombres en un todo seculares por sus principios y conducta; llegando algunos á hacerse tambien pérfidos y traidores por ambicion. De esta clase fueron en tiempo de

Luis XI. el cardenal de la Balua y de Araucourt, obispo de Verdum; y en tiempo de Carlos VIII. los obispos de Puy y de Montalvan. El castigo de estos culpados suscitó grandes diferencias por causa de los privilegios eclesiásticos que se reclamaban en su favor, y que la corte de Roma apoyaba con todo su poder; cuyas disensiones, siempre funestas, se hubieran evitado si los ministros de la Iglesia se hubiesen contenido prudentemente en las santas ocupaciones de su estado.

En otra parte hablaremos de la conducta que se observó en Francia tocante á los negocios generales de la Iglesia mientras duró el gran cisma, y de la celebracion de los concilios que se juntaron para procurar su extincion. A qui basta notar que todos los órdenes del estado tomaron parte en este gran suceso, y que el clero no mostró menos luces que zelo y fortaleza en estos tiempos borrascosos; manifestando asimismo el estar muy distante de todas las novedades en materia de doctrina, y reprimiendo fuertemente á los espíritus temerarios que en las disputas y en los escritos osaron arrojar proposiciones poco conformes á la exáctitud rigurosa que exige el language de la fe. La universidad de París velaba por su parte con infinita atencion en conservar el sagrado depósito de la verdad: apartaba con sus censuras hasta las menores nubes que podian obscurecer su resplandor: no perdonaba nada á fin de mantener la pureza de la enseñanza en todos los objetos del dogma y de la moral, ni aun á sus propios miembros, quando se hacian reprehensibles; ántes exigia de ellos entonces retrataciones claras y públicas; y lejos de entibiar su zelo la resistencia y obstinacion, al contrario arrancaba sin compasion de su seno á todos los que su voz no reducía á la verdad.

Este cuerpo célebre estuvo tambien agitado de algunas tempestades excitadas por los mendicantes; habiendo sido el motivo de estas nuevas diferencias las pretensiones de estos religiosos y el exercicio de los privilegios que habian obtenido de los papas en perjuicio del derecho de los curas. En virtud de la potestad que les habia concedido Alexandro V. querian confesar en tiempo de Pascua, no obstante el decreto del concilio Lateranense generalmente recibido en la Iglesia. Calixto III., á quien se dirigieron para lograr la confirmacion de esta potestad, no

dudó concedérsela; y la universidad, que conocía las peligrosas conseqüencias que de esto se seguirían, se opuso fuertemente al uso que comenzaban á hacer de ella, y para obligarlos á pedir por sí mismos la revocacion de la bula de Calixto los declaró excluidos de su cuerpo. El papa revocó la bula, y se terminó la disputa; pero se la vió renacer varias veces en lo sucesivo: tanto importa el no dar á las nuevas órdenes que se establecen en la Iglesia el mas ligero pretexto de que puedan algun dia servirse para turbar su policia.

Aunque la universidad de París era la sociedad mas sabia que habia en toda la Iglesia, y la mas zelosa por la conservacion de la disciplina eclesiástica, no habian dexado de introducirse en ella muchos abusos. La animosidad de las disputas académicas, su acrimonia y aun indecencia, la rivalidad de las diferentes porciones que componian este gran cuerpo, las escenas turbulentas y muchas veces escandalosas que se dexaban ver en sus asambleas, finalmente los medios fraudulentos que la ignorancia y la ambicion empleaban para substraerse de la severidad de las pruebas, hacian conocer mucho tiempo habia la necesidad de una reforma, cuya grande obra se emprendió y consumó felizmente por el cardenal de Estuteville con autoridad del papa Nicolao V. en 1452. Los buenos reglamentos que hizo este prelado restablecieron el buen orden en el corazon de esta illustre escuela, y le restituyeron su antiguo esplendor.

Durante las extrañas revoluciones que mas de una vez ensangrentaron el trono de Inglaterra, la religion que condena todos los crímenes no podia ocuparse sino en llorar sus propios males con los del estado. El zelo de los pastores estaba como forzado á permanecer en inaccion: todos los partidos pretendian tener la justicia de su parte, todos creian permitidas unas violencias, cuyo horror debieran inspirarles igualmente las leyes de la naturaleza y las del evangelio. Pero lo que mas affigió á la Iglesia en estos tiempos calamitosos, fué ver á los obispos participar de las funestas pasiones de los grandes, excitar el fuego de las discordias civiles, y despedazar el seno de la patria con aquellas mismas manos que no debian extenderse sino para bendecirla. Hasta el reynado del prudente Henrique VII. no se restableció la calma, ni las cosas vol-

vieron á entrar en orden. Entónces se avergonzaron de los excesos á que se habian arrojado en el furor de las disensiones: los ministros del Santuario se echaron en cara el haber dexado sus funciones pacíficas y saludables por mezclarse con tropas de hombres arrebatados y licenciosos, que solo se complacian en derramar sangre, y no tenian otro fin que derrotar á sus enemigos para levantarse sobre sus ruinas. Viendo los pastores la grandeza de los males causados por unas guerras tan largas y tan mortíferas, pensaron en los medios de remediarlos: juntaron concilios, confirieron entre sí sobre las necesidades de sus iglesias, é hicieron reglamentos para restituir á ellas, en quanto dependiese de ellos, la regularidad, la edificacion y las buenas costumbres.

El príncipe por su lado tomó justas medidas para desarraigar los abusos que solo su autoridad podia destruir. Uno de sus mas peligrosos efectos era la extension que se habia dado al derecho de asilo de que gozaban los templos consagrados á Dios; porque aunque se hubiese cometido qualquier crimen, estaban los reos allí seguros contra las persecuciones de la justicia. Todos los dias se veian malvados manchados con las acciones mas horribles hallar impunidad, despreciar, digámoslo así, las leyes divinas y humanas en las iglesias, estas casas de paz y de adoracion á que se refugiaban. Henrique VII. movió al papa Inocencio VIII. á que se uniese con él para contener este desorden. Lo mas breve y lo mas razonable hubiera sido sin duda el suprimir enteramente este privilegio de los asilos; mas el papa se contentó con restringirle; y es bastante probable que quiso contemplar á los obispos y al demas clero, cuyas preocupaciones sobre este artículo conocia. No se puede admirar sobrado que unos prelados que no carecian de luces ni de zelo se hayan negado á una ley de policia que la seguridad publica hacia tan necesaria. Sin embargo es constante que la clerecía de Inglaterra no vió sin descontento las restricciones que el papa creyó debia poner á un derecho tan manifestamente abusivo (1).

(1) El derecho de asilo en su origen ha dimanado de la veneracion de los príncipes temporales para con la Iglesia; y así como ellos solo eran los que lo concedian, tambien eran los que lo limitaban, segun lo pedia la causa pública. Algunas leyes del lib. 9. tit. 45. del código Teodosiano, otras del de Justiniano; y sobretodo en España la

Creemos haber dado á conocer suficientemente el estado en que se hallaba el christianismo en España en el siglo XV, quando hemos referido las gloriosas acciones de Fernando el Católico; pues la conquista del reyno de Granada y la total abolicion del culto de Mahoma, que fué consecuencia de ella, no podia ménos de convertirse en ventaja de la religion christiana, que desde este feliz acaecimiento se hizo la única religion dominante en toda la España. La política de acuerdo con la piedad aconsejó al vencedor el tomar todos los medios posibles, á fin de ganar para la fe á los que la suerte de las armas acababa de poner en el número de sus vasallos. Ayudóle mucho en este loable designio el zelo del cardenal Ximenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, y ministro de la Reyna Isabel (1). Este grande hombre, cuyo talento y acciones manifestaremos en otra parte, no olvidó nada de todo lo que podia facilitar la conversion de los infieles. Dos caminos habia que escoger para atraer los sectarios de Mahoma al culto de Jesu-christo, la persuasion y el castigo de los rebeldes. Se empezó á tentar el primero, tan conforme á la razon, á la naturaleza del entendimiento humano, y al espíritu del christianismo. Pero los efectos eran lentos, y era preciso que lo fuesen; y un príncipe ardiente, zeloso de su autoridad, y que queria ser obedecido en el instante que mandaba, no pudo esperar los frutos tardíos de la instruccion. Acostumbrado á hacer que cediese todo á la primera señal de su voluntad, creyó que bastaba mandar creer á los mahometanos subyugados, para verlos postrados á los pies de nuestros altares. No consideraba la fuerza de las preocupaciones, ni el imperio que tienen sobre el entendimiento, quando la educacion y el exemplo las han grabado profundamente en el corazon; é impaciente por-

ley 8. del tit. 5. lib. 1. del fuero real, la 97 de las del estilo, muchas de las partidas, las del rey Don Jayme de Aragon, y los fueros de Navarra y de Valencia; ofrecen una prueba incontestable de ello. Despues al favor de las ideas dominantes empezó á intervenir la potestad eclesiástica en la concesion de este privilegio, y permitiéndoselo la temporal continuó juntamente con ella disponiendo de él. En España se expidió el año de 1773 real cédula mandando observar el Breve de 1772 sobre la reduccion de iglesias de asilo en estos dominios á instancia del rey.

(1) Esta es otra equivocacion como la anterior, pues Ximenez no era entonces ministro.

que se le obedeciese, recurrió al castigo, y estableció la Inquisicion, pareciéndole el medio mas propio para someter á los indóciles, y castigar á los desertores de la fe (1).

Las iglesias de Alemania, de Bohemia y de Hungría se resentieron vivamente de los males causados por las guerras y disensiones civiles que desolaron estos estados. Los prelados, en calidad de príncipes y señores temporales se veian obligados á tomar parte en todos estos acontecimientos, no ménos contrarios á la quietud de la república christiana, que á la felicidad de los pueblos. De ahí provenia que distraidos los pastores de sus obligaciones, no podian velar sobre la conducta de los ministros empleados baxo sus órdenes, hacer observar los cánones, ni combatir los vicios que la impunidad hace mas contagiosos y mas difíciles de destruir. No obstante hubo en medio de estas turbaciones prelados zelosos, exemplares y caritativos que contribuyeron con sus trabajos á mantener la disciplina, y que por el cuidado que aplicaron al gobierno de sus iglesias, impidieron que los escándalos ahogasen toda semilla de virtud; habiéndoseles debido reglamentos sabios y establecimientos piadosos, que fueron otras tantas barreras contra el progreso de los abusos y del vicio.

La Bohemia, devorada durante una parte de este siglo por los furios de los husitas, veia correr por todas partes la sangre humana; y los pueblos armados por el fanatismo no respiraban mas que destruccion y carnicería. Formaremos el quadro de estas horribles escenas quan-

(1) Don Luis Páramo, canónigo y arciano de Leon, y despues inquisidor, escribió en el siglo XVI la historia de la inquisicion con el título *De origine & progressu Officii Sanctae Inquisitionis*, en que trata muy largamente del principio y progresos de este establecimiento. Aquí bastará decir que el principal motivo de él fué la libertad y relaxacion que se seguia de andar mezclados los moros y judíos con los christianos; y como estos daños se experimentasen mas en Sevilla que en ninguna otra parte del reyno, en esta ciudad fué donde se echaron los primeros cimientos, y donde se celebró aquella congregacion de que resultaron las primeras instrucciones del año de 1484, hechas para gobierno de la inquisicion, aumentadas y refundidas en las que se hicieron el siglo siguiente con autoridad del inquisidor general Don Fernando de Valdes y Salas, arzobispo que fué de Sevilla. El primer inquisidor general que hubo fué Fray Tomas de Torquemada, de la orden de santo Domingo, y confesor de los reyes católicos, cuya jurisdiccion se limitó al principio al reyno de Castilla, extendiéndose despues al de Aragon.

do hablemos de la heregía que las produjo. Las iglesias de Polonia y de Hungría, aunque ménos expuestas á los estragos de los nuevos sectarios, tampoco gozaban de perfecta tranquilidad. No podían estar libres de temor poniendo los ojos en los ejércitos numerosos de los turcos, que hacían continuos esfuerzos para abrirse camino en estos climas, que deseaban someter á su yugo y á su culto. Sin embargo las reanimaron las victorias del valeroso Hunniades; habiendo enseñado este grande hombre á los otomanos que los ejércitos christianos no eran tan fáciles de vencer, quando iban conducidos por gefes dignos de mandarlos. Pero estos países tanto tiempo devastados por el hierro y por el fuego, experimentaron al fin días más venturosos en los reynados de Ladislao Jagelon, de Segismundo y de Matías Corvino, cuyos nombres son un recuerdo de todas las virtudes y talentos de los grandes reyes.

Entre la multitud de christianos que perecieron en Asia y Europa por el cuchillo de los mahometanos se han mirado como mártires los que sufrieron los tormentos y la muerte antes que renunciar la fe: en cuyo número se pone á un fiel de la isla de Chío, llamado Andres, que sufrió suplicios tan largos como crueles con una constancia admirable. No habiendo podido trastornarle con las promesas y amenazas, se intentó vencer su valor con la violencia de los dolores, y como una muerte pronta no hubiera satisfecho á sus verdugos, le cortaron el cuerpo á pedazos, y á fin de prolongar su suplicio, le cortaban cada día algun miembro y algun pedazo de carne; y despues de haberle mutilado así por partes, le cortaron la cabeza. Mahometo, á quien se hizo relacion del suceso, no pudiendo ménos de admirar su firmeza, permitió á los christianos recoger sus restos, y darle una sepultura honrosa. El arzobispo de Otranto, ciudad de Calabria, de la qual se habian apoderado los turcos despues de haberles salido mal su expedicion contra la isla de Rodas en 1480, dió asimismo un exemplo de fortaleza digna de los primeros siglos. Este viejo, agoviado con el peso de los años y de las enfermedades, fué serrado en dos por el medio del cuerpo con una sierra de madera: suplicio espantoso que sufrió sin dar la menor señal de flaqueza. Sus exhortaciones y su exemplo inspiraron el mis-

mo valor á los demas prisioneros christianos; y 800 de ellos fueron conducidos y degollados todos en un valle á alguna distancia de la ciudad. Este lugar aun hoy se llama el valle de los mártires en memoria de un suceso tan glorioso á la religion. Hemos referido estos hechos para mostrar que á pesar de la relaxacion de costumbres, á pesar del poco zelo de muy gran número de christianos por los intereses de la fe, habia todavia en la Iglesia almas fuertes, capaces de despreciar los tormentos y la muerte, como los antiguos mártires.

Aun tendriamos mas observaciones que juntar á las que acaban de leerse; pero creemos que estarán mas oportunamente en otra parte, y nos contentamos con decir al acabar este artículo que no se podrá formar una justa idea del estado del christianismo entre las varias naciones de Europa, sino despues de haber puesto los ojos en los artículos VII. y VIII., en que debemos volver á tomar el hilo de la importante historia del gran cisma; y en el artículo IX., en que descubriremos las heregías de los wiclefitas y de los husitas. En efecto solo por la influencia de estos grandes objetos sobre la sociedad christiana, se puede juzgar sanamente de lo que era en la época á que hemos llegado.

ARTICULO VII.

Continuacion del cisma de Occidente: concilios de Pisa, de Constancia y de Basilea.

Habemos visto en la historia del siglo XIV. el origen y los progresos de aquel cisma funesto, que dando á un mismo tiempo dos cabezas á la Iglesia, hacia dudar que tuviese una. Todas las naciones christianas se habian dividido entre Bonifacio IX. y Benedicto XIII. La Francia, que al principio se habia puesto baxo la obediencia de éste, descontenta de ver que se negaba á los medios de conciliacion propuestos por ella, habia tomado el partido de permanecer neutral, entre tanto que otras coyunturas mas favorables restableciesen la paz. En este tiempo Benedicto, sitiado, como hemos dicho, en el castillo de Aviñon, halló modo de escaparse, y quando se vió seguro, y se habian vuelto á juntar á él los cardenales